



DIANNA LOVE Y
**SHERRILYN
KENYON**

MENTIRAS SUSURRADAS

TERCIOPELO

Capítulo 1

Si tenía que morir hoy habría preferido un clima cálido y una bala entre ceja y ceja antes que aquello.

Carlos Delgado no podía culpar a nadie salvo a sí mismo. Era él quien había aceptado liderar aquella maldita misión.

El salto de rutina AAAA —alta altura, alta apertura— desde un C-130 conllevaba los riesgos habituales. Para empezar, su equipo tenía que llegar a un punto muy concreto de los Alpes franceses, cerca de Saint Gervais. En segundo lugar, saltar a medianoche aumentaba el peligro. Por último, hacer paracaidismo en medio de una tormenta de nieve ya era sencillamente el colmo.

Y esas no eran ni siquiera las principales razones para etiquetar la misión de altamente suicida.

Estiró las piernas y levantó una mano para rascarse la cara, pero se detuvo. La máscara que llevaba picaba como el demonio, pero romper el precinto entre la piel y la máscara bajaría inmediatamente el nivel elevado de nitrógeno en su sangre. Eso significaría que tendría que abortar el salto y anular la misión, porque todo estaba organizado con un número mínimo de agentes.

Teniendo en cuenta el humor de sus tres compañeros cuando iban en el coche, alguno de ellos inmediatamente atendería su deseo de una muerte rápida.

Aunque mostrarían ciertas reticencias, ya que ninguno de ellos querría desperdiciar un día en su funeral.

Carlos comprobó su reloj. Era justo la hora de después de comer un domingo en Estados Unidos. El cuartel tendría ya novedades. Estaba preparado para entrar en acción, por mucho que odiara tener que dar el salto.

Lo había hecho en más ocasiones de lo que quisiera recordar, pero el riesgo era más alto esta vez. Lo único peor que volar en un aeroplano era salir al exterior durante el vuelo... y más todavía a esa altura. Un sueño para un adicto a la adrenalina. Pero no para él.

Lanzó una mirada de soslayo a Korbin Maximus, sentado junto a él en otro de los incómodos asientos de lona. Su vecino adicto a la adrenalina y especialista en inserción de la Oficina de Defensa Americana (*Bureau of American Defense*, BAD) llevaba una máscara de oxígeno idéntica. Se subió a la frente sus gafas de visión nocturna.

Encorvado, con los ojos cerrados, sin afeitado, como siempre, y con los brazos cruzados de forma relajada, Korbin se parecía a los demás, pero Carlos sabía que su hombre clave no estaba dormido.

—¿Qué pasa, Korbin? ¿El trabajo te da sueño? —La cadencia británica de Reagan Graham, «Rae», se oyó a través de los auriculares que todos llevaban. Sentada frente a Carlos y Korbin, Rae era la única mujer en aquella operación y era mucho más que una delicada señorita con su metro setenta y cinco de altura. Podía manejarse sobradamente en un combate cuerpo a cuerpo y era tan fría como el hielo cuando se hallaba bajo presión. Pocos hombres sospecharían que esa esbelta mujer equipada con lujuriosas curvas fuera tan letal, pero se trataba de una criatura dura desde las puntas de su cabello corto de un rubio rojizo hasta sus piernas kilométricas, incluyendo también el rifle G36C colgado cruzado sobre la gran delantera de su traje de vuelo.

—No hago más que reservar mis fuerzas para después. —Korbin levantó las oscuras pestañas solo lo suficiente para hacer un pequeño guiño a Rae.

—¿Para la operación o para algo más apetitoso? —lo reprendió Rae con una pobre imitación del acento de Texas que a veces se hacía notar por la herencia mexicana de Korbin.

—Siempre estoy preparado para las cosas dulces, especialmente cuando se trata de ti. —Korbin frunció el ceño con aire desafiante.

—Sí, claro, en tus sueños. —Rae le lanzó una mirada de «no-malgastes-tu-tiempo-conmigo».

Carlos puso los ojos en blanco ante aquel par. Llevaban seis meses con ese tipo de bromas y juegos verbales. ¿Por qué no habían encontrado todavía una habitación? Harían una pareja perfecta teniendo en cuenta que ambos consideraban que una simple reserva para la cena significaba un compromiso a largo plazo.

BAD tenía una regla muy clara: «No confraternizar con miembros del equipo». Esta no solía perturbar a la mayoría de las agencias operativas, pues consideraban que romper las reglas era prácticamente una parte de su trabajo.

Pero la primera responsabilidad de todo agente de BAD era proteger a sus compañeros de equipo, y eso resultaría muy difícil si uno de los agentes en fuego cruzado era la persona amada.

Carlos no tenía ningún problema en evitar las relaciones con mujeres en una misión. Las emociones complicaban una operación y ponían vidas en peligro.

Había aprendido esa lección de una forma muy dura y no volvería a cometer el mismo error. Nunca jamás.

—Además, Korbin, aún no has llegado a la «R» —soltó Rae—. ¿Quién es esta semana? ¿Jasmine, Kelly o Lisa?

Korbin frunció el ceño, con los párpados todavía entrecebrados.

A Rae le brilló la mirada con evidente regodeo por el golpe directo.

—¿Eso es lo que estás haciendo? —intervino Gotthard Heinrich, el cuarto operativo. Siendo el miembro más fornido del equipo albergaba fácilmente unos ciento veinticinco kilos de puro músculo en aquel cuerpo de granito y un carácter que convenía no poner a prueba—. Hace dos semanas fue Gayle... —Por encima de la máscara de oxígeno, los ojos azul diamante de Gotthard se estrecharon por el esfuerzo de concentración—. Isabelle... hace dos días. ¡Maldita sea! Estás recorriendo todo el alfabeto. ¡Serás hijo de puta! —Hablabla en perfecto inglés, francés, alemán, ruso e italiano siempre que quería, y un ligero acento alemán se colaba en su inglés solo cuando se encontraba en una situación segura.

—Gracias, Rae —gruñó Korbin, de cualquier manera menos agradecida.

—Hey. Eres tú el que tiene debilidad y predilección por el orden.

—Debe de ser agradable estar soltero —murmuró Gotthard.

—Depende. —Korbin se enderezó—. Yo no tengo a nadie con quien irme a casa cada noche.

—Como nosotros dos. —Gotthard dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Las bromas relajaban la tensión durante una misión, pero Carlos hizo una mueca de dolor ante el desliz de Gotthard. Los pocos agentes que estaban al tanto del turbulento matrimonio del enorme muchacho también sabían que a Gotthard no le gustaba hablar de ello abiertamente.

BAD era una organización encubierta. El gobierno de Estados Unidos nunca reconocería que esta protegía la seguridad nacional y salvaba vidas, para decirlo en términos claros, pero el balance final era que BAD hacía lo necesario para cumplir con su trabajo. El modo de vida requerido para pertenecer a una organización encubierta generalmente torpedeaba los compromisos serios, a excepción de unas pocas parejas que demostraban que la vida en común era posible. La mayoría de las veces las mejores relaciones morían víctimas de heridas inevitables.

El único miembro del equipo casado de aquella misión se estaba dando cuenta de eso lentamente y sabía que le iba a caer una bronca de su mujer sobre la posibilidad pasar el día de Acción de Gracia en casa en cuatro semanas.

No hubiera sido tan grave si Gotthard pudiera contarle a su esposa la verdadera razón de haber estado ausente durante los dos últimos periodos de vacaciones. Si pudiera decirle que en realidad no diseñaba interiores de aviones, sino que eso funcionaba como una tapadera...

Gotthard se levantó, y unas arrugas de tensión se dibujaron en el puente de su nariz.

—¿Un mensaje? —preguntó Carlos antes de poder detenerse, pero él ya necesitaba nueva información. Gotthard era el único que tenía conexión con el cuartel y probablemente acababa de recibir una vibración del equipo conectado a su muñeca.

El hombre corpulento asintió con la cabeza al tiempo que levantaba la manga gris clara de su traje de vuelo, dejando expuesta la pequeña pantalla de su muñeca. El aparato de conexión de vídeo por satélite parecía un reloj de pulsera cuadrado y extragrande similar al de la unidad V-Rambo que llevaban los soldados israelíes, y alertaba de que entraba un mensaje a través de una vibración.

Pero aquella criatura electrónica había sido adaptada y desarrollada solo para operaciones de BAD, todas financiadas por un socio capitalista, conocido como Joe. Con un nombre como Joe Q. Public, sin el mínimo atisbo de sentido del humor y una experiencia acerca de la cual la mayoría de los agentes solo especulaban en conversaciones sigilosas, nadie se atrevía a cuestionar al director proveedor de los juguetes de BAD.

Gotthard era su especialista en comunicaciones, capaz de hablar hasta con la NASA mediante una lámina de aluminio y una lata si necesitaban contactar con un astronauta. Cuando el robusto agente terminó de leer el texto del aparato de su brazo, levantó la vista hacia Carlos, y luego su profunda voz de barítono se oyó a través de los auriculares que todos llevaban.

—Todo el mundo atento. —El acento era esta vez perfectamente inglés.

Korbin se enderezó junto a Carlos, alerta y preparado. Rae clavó sus ojos en Gotthard, que continuó hablando en cuanto estuvo seguro de ser el foco de atención de todos.

—Está llegando nueva información a pedazos. La transmisión se ve interrumpida mientras nos movemos entre dos satélites. —Gotthard dirigió la mirada a la pantalla de su muñeca—. Paquete... se confirma desde el punto de origen que está perdido... bienes robados.

Carlos asintió cuando Gotthard alzó la mirada para comprobar si él había entendido. El paquete era Mandy Massey, la joven de diecisiete años desaparecida, hija de un diplomático que se hallaba actualmente en Uruguay trabajando en un acuerdo para una base militar que Estados Unidos necesitaba en esa región. El diplomático creía que su hija estaba todavía viajando a través de Sudamérica con unos amigos, pero

era también conocida como un demonio que de vez en cuando se escapaba de su escuela privada en Europa.

BAD interceptó el aviso de un secuestro por parte de una fuente anónima conocida como «Espejismo». El mensaje indicaba que Mandy era un blanco para secuestradores y había sido enviado con indicadores informáticos específicos, lo cual obviamente significaba que estaba dirigido a agencias de espionaje internacionales a la búsqueda de información sospechosa. BAD inició una investigación secreta a través de Sudamérica, que empezó en el último lugar donde había sido vista Mandy. Horas más tarde otro aviso informático advertía de que si la joven se perdiera, habría que buscarla en un castillo en la zona de Saint Gervais, en los Alpes franceses.

La sala de misiones de BAD sonaba más bien como una taberna en la que tras unas doce horas estuviera a punto de haber una reyerta, cuando Joe les informó de aquel salto por primera vez. Carlos no podía culpar a sus compañeros por protestar contra el hecho de que hicieran saltar a un equipo en medio de una ventisca cuando la hija díscola ya había desaparecido anteriormente en dos ocasiones para volver a aparecer más tarde como si no hubiera ocurrido nada. Pero en el momento en que Joe comunicó que la segunda misiva interceptada de Espejismo indicaba que Mandy sería entregada a una organización llamada Fratelli, la habitación había quedado en silencio, y todos los agentes dispuestos para partir.

A eso había que añadir que Espejismo había acertado demasiadas veces como para ignorar la validez del mensaje. Esa era la verdadera razón por la que todas las agencias de espionaje del mundo buscaban a aquella persona desconocida. Ningún informante había demostrado jamás tanta inteligencia.

Todos ellos tenían una agenda.

BAD necesitaba averiguar cuál era el beneficio que sacaba Espejismo al compartir esa información. ¿De qué iba aquel juego?

El equipo sabía demasiado bien que la referencia a Fratelli en el mensaje podía ser perfectamente Fratelli de il Sovrano, que podía traducirse como «hermandad soberana», la número uno de la lista de organizaciones peligrosas más buscadas de BAD.

En el transcurso del año anterior todos los agentes habían visto lo que aquel grupo de maníacos hacía a los seres humanos. Hombres, mujeres y niños habían sido usados como cobayas para los ataques de terrorismo biológico de los Fratelli. Los virus desatados habían convertido los cuerpos de las víctimas en formas espantosas que dejaban escapar sus últimos suspiros implorando la muerte.

Hacer aquella noche el salto AAAA no era un asunto que cuestionar si se entendía que esa era la posibilidad de salvar a aquella joven de los Fratelli, con el incentivo añadido de encontrar una conexión con esa organización de monstruos.

Hasta el momento nadie había localizado a Mandy en Sudamérica, así que la segunda y posiblemente última oportunidad que tenían para rescatarla era esa noche.

Carlos repasó de nuevo todos los pasos en su mente, atento a cualquier detalle que pudiera haber olvidado. Había pasado los últimos cinco días coordinando esa operación desde el cuartel de BAD en Nashville. Había enviado a agentes para investigar posibles castillos en Saint Gervais basándose en su ocupación y actividad. Los equipos de tierra habían reducido rápidamente las opciones a seis y mantenían cada emplazamiento bajo vigilancia, atentos a cualquier movimiento inusual.

Doce horas atrás le comunicaron que cuatro motonieves y un Range Rover habían llegado a un castillo que ahora se hallaba protegido con guardias armados. Bingo.

Treinta minutos más tarde, Carlos y su equipo estaban en marcha. La misión fue apresurada y no bien planificada, pero así resultaban las cosas en manos de BAD. Podían moverse guiados por una corazonada —y así lo hacían—, mientras que otras agencias debían seguir los canales adecuados.

—Aún hay más —dijo Gotthard, con los ojos fijos en la pequeña pantalla—. Estoy recibiendo otra noticia... esta vez identifica al mensajero.

La palabra «mensajero» era el código de identificación de los secuestradores sospechosos de entregar a Mandy a los Fratelli.

—¿Han encontrado al mensajero? —preguntó Carlos, refiriéndose a la identidad o localización del misterioso informante llamado «Espejismo».

—Todavía no —respondió Gotthard sin levantar la vista mientras rayaba en su bloc de notas.

Si la falta de información sobre ese tal Espejismo llevaba a su equipo a una emboscada o ponía a Mandy en peligro, Carlos tendría ganas de derramar sangre cuando regresara.

Si regresaban.

Gotthard pulsó un botón del aparato de su muñeca para terminar la conexión.

—Aquí está el mensajero. —Levantó el papel donde había escrito el nombre del secuestrador para que todos lo vieran.

Anguis.

Rae movió los labios articulando el nombre en silencio mientras asimilaba la información.

Carlos pestañeó. Miró fijamente las letras, tratando de que significaran otra cosa, pero no había duda de que decían «Anguis». No se trataba de la mafia de crimen organizado más grande de Sudamérica, pero sí una de las más peligrosas. ¡Mierda! Si la información era correcta y los hombres que vigilaban el castillo trabajaban para Durand Anguis, estos podrían reconocer a Carlos. Y si lo hacían...

—El piloto acaba de anunciar por radio que faltan diez minutos —comunicó Gotthard.

Todo el mundo se puso en movimiento, obligando a Carlos a salir de su estado de aturdimiento. ¿Era posible que Anguis estuviera realmente relacionado con los Fratelli? Aquello olía a trampa, pero ¿quien sabría tenderle una trampa a él? Cambió su tubo de oxígeno de la consola unida a la botella a su traje de saltar y aceptó que la suerte estaba echada. Luego se concentró en su papel de líder del equipo.

—Control.

Tras hacer el mismo cambio con el suministro de oxígeno, Korbin asintió.

—Preparado.

Rae y Gotthard dieron también su visto bueno.

—Sincronizando los altímetros. —Carlos dio su lectura y acabó diciendo «seis minutos».

El segundo control sería en dos minutos, luego comenzarían y ya no habría vuelta atrás.

Carlos se ajustó las gafas y se apretó el casco.

—Korbin será el primero, después yo, luego Rae. Gotthard es el último.

La mirada de Rae se llenó de irritación.

A Carlos no le importaba lo que pensara de él por ponerla en la posición privilegiada, la más segura en caso de un asalto.

Una mujer había muerto en sus brazos años atrás.

No sería responsable de la muerte de otra.

Altamente entrenada y letal como cualquier hombre de ese equipo, Rae era más que capaz de protegerse a sí misma. Una agente condenadamente buena. Pero Carlos había visto morir a demasiadas mujeres de maneras inhumanas; un grotesco ejemplo de ello había ocurrido apenas tres meses atrás. Una mujer informante había faltado a una reunión y había desaparecido, hasta que Carlos la descubrió dentro de un edificio de una remota montaña de Brasil, donde los rebeldes escondían un alijo de armas. Y tenían enjauladas a varias mujeres.

Pero los rebeldes fueron asesinados durante una escaramuza aproximadamente una semana antes de que Carlos y su equipo localizaran el edificio.

Carlos todavía podía oler el hedor de los cuerpos en avanzado estado de descomposición. Encontró las armas y a la informante, junto con otras siete mujeres más, encerradas en jaulas con alambradas, a la espera de ser vendidas. La construcción metálica se había convertido en un infierno con temperaturas que superaban los cuarenta grados cada día. Una mujer de noventa años tenía los dedos aferrados a la alambrada, como implorando ayuda.

Las pesadillas eran desde entonces la vanguardia de su conciencia y de cada decisión que tomaba.

Carlos trató de apartar de su mente la macabra visión y se concentró en el trabajo.

—Dos minutos. —Era la hora de dirigirse a la parte trasera.

Korbin fue el primero en moverse, con cuidado de no enredar sus pies en las cuerdas sueltas. Todos se pusieron en fila y avanzaron detrás de Korbin hacia la parte trasera del cavernoso fuselaje; el silencio solo era interrumpido por el rugido de los motores. La radio del avión hizo una señal

al tráfico de aire local para indicar que el vuelo comenzaba a liberar su carga.

La señal no informó sobre la capacidad letal de dicha carga.

Carlos respiró profunda y largamente para llenar sus pulmones de aire. Cualquier cosa para tratar de ralentizar el ritmo de la sangre que golpeaba en sus venas. Los soldados de Anguis podrían estar esperando en el castillo. En los últimos dieciséis años solo uno de ellos había llegado a verlo y a reconocerlo. Aquel hombre no había sobrevivido para contárselo a nadie.

Por culpa de ese incidente tres años atrás, había sido necesaria atención quirúrgica. Un imponente soldado de Durand apodado «el Toro» había reconocido a Carlos durante una operación secreta en Argentina antes de que Carlos lo viera. Aquel soldado de dos metros le había enseñado cómo golpear el balón cuando era un adolescente, pero al encontrar a Carlos en una operación secreta, lo único que el Toro vio fue la recompensa de medio millón de dólares que Durand le había ofrecido si lo entregaba con vida. El soldado de Anguis le tendió una emboscada perfecta con un hombre adicional. Sorprendido en su camino para encontrarse con Gotthard, Carlos se negó a rendirse sin derramar sangre, y la mayor parte resultó ser suya. Pero logró enviar una señal de radio a Gotthard pidiendo refuerzos. Minutos más tarde este llegó, neutralizó a los hombres y halló a Carlos golpeado casi hasta morir, con la cara como una hamburguesa.

Los agentes están en su momento más vulnerable cuando trabajan en secreto, lo cual influyó para que Joe ordenara al cirujano plástico que le diera a su hombre un nuevo rostro para protegerlo en el futuro.

La cara que contemplaba Carlos al reflejarse en el espejo a veces le resultaba parecida y otras veces sorprendente. En todo caso era lo bastante distinta a la anterior como para que nadie pudiera reconocerlo fácilmente y poner su equipo en peligro, lo cual era en realidad su única preocupación. Arriesgaría su vida por ellos, y lo había hecho muchas veces.

No podía pedir un equipo mejor para esa noche.

Pero Durand Anguis operaba de un modo distinto a cual-

quier otra organización criminal, usando las tácticas más inesperadas.

La rampa de carga posterior crujió al abrirse. Entró una ráfaga de aire helado como precursora de lo que les esperaba. Cuando Korbin avanzó hacia delante, el resto del equipo hizo lo mismo. Un vacío negro y sin fondo los acechaba desde el enorme agujero que los succionaba hacia el exterior del avión. Carlos se acercó al viento rugiente. La media luna brillaba por debajo de una espesa capa de nubes que vertían nieve fresca sobre los Alpes franceses.

Doblando cada uno de los dedos de su mano enguantada mientras contaba en silencio, Korbin cerró el puño al llegar a cinco: la señal para saltar.

Carlos lo siguió inmediatamente, sintiendo el impacto de un viento de treinta grados bajo cero. Colocó las piernas en posición de sentado y tiró del cordón de apertura, desplegando su paracaídas de impacto. Cuando la gruesa tela cuadrada cobró su forma, el cambio repentino en la velocidad del aire tiró de su cuerpo hacia atrás y hacia arriba. Apretó la mandíbula para no golpearse los dientes y levantó las manos para agarrar los tirantes, maniobrando instintivamente con el paracaídas.

El corazón le latía más rápido que la maquinaria de un revólver con el gatillo pulsado. Sintió la adrenalina estallando en su interior, luego respiró profundamente y se acomodó para el viaje. Para ser honesto, disfrutaba de aquella parte del salto, le encantaba la súbita sensación de estar inmóvil flotando en el aire en una paz etérea. Segundos que se evaporaban más deprisa que la humedad de sus gafas mientras el equipo se deslizaba veinte kilómetros hacia la zona de aterrizaje. Vivía su vida en minutos, desde una operación hasta la siguiente, observando por encima de su hombro los últimos dieciséis años, esperando que lo mataran.

Si las cosas se jodían esa noche, la espera habría acabado.

Entrecerró los ojos. Dos luces diminutas aparecieron en la verdosa imagen de sus gafas de visión nocturna antes de lograr enfocar la ancha figura de Gotthard y la esbelta figura de Rae. ¿Dónde estaba Korbin?

Finalmente, una luz parpadeante descendió en diagonal a

través de su camino. El adicto a la adrenalina se incorporó en el lugar más adelantado. Todas las luces se extinguieron, la radio estaba puesta en el modo silencio.

Alex Sanderson, el quinto operativo, conocido como Sandman por hacer dormir a sus enemigos, era exdirector de combate de las Fuerzas Aéreas, altamente entrenado. Sandman estaría ya en la zona colocando un estroboscopio de infrarrojos para señalar el lugar de aterrizaje. Había pasado la última semana a poca distancia del lugar, en una tienda camuflada, invisible para todo el mundo mientras se encargaba de un trabajo de reconocimiento fundamental para la misión.

Si Sandman no se hallaba donde esperaban es que estaba muerto.

Korbin, con sus dos metros de estatura, se inclinó hacia la izquierda, y Carlos lo siguió. Todavía no se veía el estroboscopio, pero la confianza de aquel equipo era muy profunda. Cada uno de los agentes continuaría dirigiéndose hacia el objetivo con la absoluta certeza de que los demás cumplirían con su parte de la misión sin ningún fallo.

Carlos tuvo que entrecerrar los ojos cuando traspasaron el muro de blancas nubes y se acercaron al pedazo indetectable de tierra, el lugar diminuto donde tenían que aterrizar.

Una luz estroboscópica surgió a la vista. «Gracias, Sandman.»

En los últimos mil metros de caída a la montaña, una ráfaga de viento feroz surgió del valle rocoso debajo de ellos. Carlos golpeó y giró sobre medio metro de nieve. Soltó el paracaídas que lo estaba arrastrando y se plantó sobre sus pies. Cuando miró a su alrededor, en busca de su equipo, Gotthard ya estaba de pie y consultaba el monitor de su muñeca. Korbin avanzaba hacia Rae, que estaba tendida de espaldas sobre la nieve.

Carlos fue hacia ella. La terrible idea de que su cuerpo pudiera haberse golpeado con una piedra en la nieve surgió en su cabeza. Pero cuando Korbin llegó junto a ella, Rae ya estaba sentada y rechazó la mano que este le ofrecía. Era una mujer testaruda cuando se trataba de recibir cualquier tipo de ayuda.

Ella y Korbin se unieron a Carlos mientras Sandman se dirigía hacia ellos a grandes zancadas, con el arma cruzada

sobre el pecho. Sandman levantó una mano enguantada y Rae le dio con la palma abierta; era su modo habitual de decirse «hola». Dentro de esa oscura piel de color caoba y por debajo de ese traje de camuflaje había un hombre que Carlos preferiría tener siempre de su lado.

Sandman tenía dos personalidades. Una de ellas podía convertir a una mujer en su ángel por una noche con tan solo un pestañeo, y la otra podía conseguir que un terrorista se meara encima.

En cuanto todos los paracaídas estuvieron escondidos fuera de la vista, Korbin esperó a que todos señalaran con el pulgar hacia arriba, luego se puso en marcha, liderando la excursión. A cien metros de distancia de la casa de tres pisos, Carlos hizo una seña para que se reunieran. El equipo se congregó detrás de un montículo de rocas desnudas.

Gotthard hizo una foto con una cámara compacta de luces infrarrojas y la levantó a la altura de su rostro. Comenzó a pasar información a través de signos con la mano: «Hay dos guardias fuera, caminando... uno del lado este, otro al oeste. Dentro hay cuatro cuerpos, dos en la segunda planta. Dos en la tercera planta, uno de ellos horizontal e inmóvil». Probablemente, la mujer rehén.

Carlos hizo señas a cada operativo para indicarles la posición. Primero rescataría a la joven y protegería a su equipo. Salvar el propio pellejo vendría más tarde... si es que la suerte volvía a acompañarlo.

Se armó de valor y comenzó a avanzar, preparado para descubrir si los hombres que vigilaban aquel castillo de verdad pertenecían a Durand Anguis.

Capítulo 2

¿Llegarían a tiempo sus correos electrónicos?
¿A las personas adecuadas?

Gabrielle Saxe se levantó y caminó inquieta desde la zona de trabajo de su casa de alquiler hasta la ventana. Un domingo deprimente. Una espesa niebla y una lluvia lenta se cernían sobre el lago Peachtree, dejando borrosas las luces del muelle. La ciudad de Peachtree, una comunidad planificada en Georgia, al sur de Atlanta, era el mejor lugar que había encontrado para esconderse desde que vivía peligrosamente, ahora hacía ya diez años. Echaba de menos su hogar familiar en Francia, pero la niebla que había ocasionalmente allí en el sur la hacía añorar todavía más su apartamento de Londres.

También echaba de menos su libertad, pero la seguridad tenía un coste.

Y no solo para ella. Hacía todo lo posible por mantener a salvo también a su familia en Francia. Esa era una de las razones que la habían llevado a esconderse diez años atrás. Justo después de divorciarse de una estrella de la pantalla italiana en alza que la había encandilado para casarse con una única intención: utilizarla. La luna de miel había durado dos meses, luego las cosas comenzaron a estropearse entre ellos. Conoció al verdadero Roberto Delacourte. Primero vinieron los abusos verbales, los comentarios acerca de lo mala que era en la cama, por más que ella tratara de cumplir con sus expectativas. Ella no tenía experiencia, y ocultaba el asco que sentía por algunas de las ideas de él. El día que se despertó atada a la cama y sufrió lo equivalente a una violación comenzó a esconderse de él.

Seis meses después del inicio de esa turbulenta relación él le dio una bofetada en la cara y un puñetazo en el vientre.

Gabrielle se había preparado para recibir más violencia cuando le pidió el divorcio y lo amenazó con denunciarlo para que fuera a la cárcel.

Él dispuso tranquilamente los términos del divorcio con intrincado detalle, demostrando claramente que había planeado muchas cosas por adelantado. Mientras él hablaba, ella se dio cuenta de cómo, en su inocencia, había aportado dinero y contactos sociales que él usaría para llegar más lejos con su carrera. Le explicó cómo informaría a los medios que era él quien pedía el divorcio, y exigió que le pagara una suma exorbitante de un fondo fiduciario que su madre le había dejado. Todos los detalles del divorcio permanecerían ocultos a menos que él decidiera compartir algo, y ella no podría pronunciar jamás una sola palabra negativa contra él.

Ella gritó que estaba loco, con lo cual se ganó otro puñetazo en las costillas. Luego él le advirtió lo que le haría a ella y a su familia si no aceptaba sus condiciones. Enumeró una lista que incluía el derecho a relatar historias morbosas sobre sus supuestas perversiones sexuales. Para satisfacción de los *paparazzi* dichas historias irían acompañadas de fotos falsificadas que la mostrarían en situaciones comprometidas, y en ellas se aludiría a sus sucios contactos con gente a la que le gustan los niños pequeños, como las dos niñas que su padre y su nueva esposa habían tenido. Ella no permitiría que les ocurriera nada a aquellas niñas. Y con su padre en plena campaña para ascender de posición en el gobierno francés, simplemente el escándalo habría arruinado su carrera.

Ella era entonces muy joven y verdaderamente temía a Roberto, la asustaba pensar lo lejos que podría llegar para conseguir lo que quería.

Gabrielle habría luchado contra Roberto si hubiera sido solo su vida y su reputación lo que estuviera en juego, pero no la de su familia. Y Roberto había recogido una lista de gente relevante que respondería por él en una vista pública. Era culpa de ella. Había sido ella quien lo presentó a las personas más distinguidas de Londres y de París. Todos creían que era un marido maravilloso, puesto que ella se había es-

forzado por mantener su vida personal en privado. Él era una estrella en auge que quería dinero suficiente e importantes contactos que lo empujaran a la gran pantalla.

Y sabía que ella se sacrificaría por las personas que amaba.

A diferencia de él, ella no había planeado sus movimientos ni había tenido cuidado de protegerse contra ese monstruo. Gabrielle lo había introducido en el mundo de su familia, así que ahora tenía que sacarlo. Se tragó el orgullo y aceptó su ultimátum; pensaba que dándole el dinero se lo quitaría de encima.

Si hubiera sabido lo despiadado que podía llegar a ser se habría dado cuenta de que nunca quedaría satisfecho con un simple acuerdo de divorcio de cinco millones de dólares.

Regresó de la ventana y miró su portátil, deseando que le diera una respuesta. Agarró con los dedos el medallón que llevaba colgado al cuello, con una fina cadena de oro, y revisó de nuevo la página de Internet.

¿Por qué alguien, alguien como la CIA, se negaría a poner el mensaje en el boletín de anuncios tal como ella había pedido? Vaya agradecimiento por los riesgos que había corrido al introducir un mensaje en los canales correctos, hasta con las palabras claves necesarias para un ojo suspicaz. Cualquiera persona de un servicio de inteligencia sabría entenderlo. Había ayudado secretamente a otras agencias en el pasado, pero no saldría de su escondite de nuevo por los estadounidenses si estos no iban a ponerse de su parte.

Mon Dieu! ¿Qué problema tenían?

Cucú...

Gabrielle se sobresaltó al verse interrumpido el silencio. Tenía que apagar ese reloj cuando se iba a la cama. Nunca dormía por la tarde, pero su cuerpo suplicaba tener un respiro en aquel mismo momento. Le había sido imposible descansar en las últimas cincuenta horas, desde que había recibido una postal que casi le paró el corazón en mitad de un latido.

Se frotó el estómago, allí donde una masa de nervios retorcidos estaba haciendo todo lo posible para provocarle náuseas.

Quizás un té le asentaría el estómago.

Dormir dos días enteros le vendría aún mejor.

Revisó de nuevo el correo electrónico. Nada, solo los mensajes de siempre, desde las preguntas del Centro de Tecnología Informática generadas por artículos que ella escribía de manera anónima para publicaciones digitales, hasta los poco habituales correos personales.

Detuvo la mirada en un correo de Fauteur de Trouble que decía: «Llámame pronto, estoy siendo desterrado y tú eres la única que me entenderá...». Gabrielle sonrió. Babette había escogido un nombre electrónico muy acertado. Era definitivamente una alborotadora, pero de una forma adorable. Gabrielle dudaba de que el drama de la reina Babette, una de las dos hermanastras del segundo matrimonio de su padre, fuera de verdad el destierro.

Lo más probable era que aquella rebelde de catorce años se enfrentara al hecho de ser enviada a pasar las vacaciones con algún pariente para dar a su padre un poco de paz. Aquella adolescente tan testaruda le estaba llenando el pelo de canas, algo que Gabrielle encontraba muy divertido.

Vamos, Babette. Por desgracia para su padre, había engendrado otra hija que también se negaba a ser metida en un molde y salir de él convertida en una niña perfecta. Se trataba de Cora, que tenía once años y era la más joven de las dos hermanastras de Gabrielle.

Odiaba ese término... hermanastras. Sonaba tan despectivo... Sus dos hermanas lo eran todo para ella, con independencia del porcentaje de sangre que compartieran. Si fuera seguro hacerlo, Gabrielle disfrutaría viendo a sus hermanas mucho más a menudo.

Fingía ser una solitaria, y su padre lo interpretaba como que nunca se había recuperado de la muerte de su madre. Ella entendía su confusión y su dolor, pero todavía estaba herida por el hecho de que después del funeral él la hubiera enviado a vivir a un colegio con extraños, para evitar tener que tratar a una niña con el corazón roto.

El primer pensamiento de Gabrielle cada vez que se despertaba cada mañana en la escuela era que el asesino de su madre caminaba libre. El segundo era un juramento: algún día Anguis pagaría por sus crímenes.

Gabrielle tocó la rígida postal de Linette apoyada contra

la base de la pantalla. Sonrió por los recuerdos que acudían a su mente de aquella joven que había conocido en el colegio privado... Linette Tassone, su única familia durante varios años. Que luego desapareció.

¿Dónde estaba ahora su más querida amiga, y cómo era posible que Linette se hubiera enterado de que esa chica, Mandy, había sido secuestrada?

La parte delantera de la postal estaba decorada con la foto de un caballo color bronce que corría en libertad. Linette amaba los caballos, siempre había soñado con ser dueña de un rancho. Pero aparte de ese recuerdo, lo que había servido como absoluta confirmación de que la postal venía de Linette eran las palabras escritas al final con letra diminuta: «Que seas feliz», con esa doble «e» que a Gabrielle la había dejado sin aliento.

Ella y Linette habían acordado usar ese «que seas feliz» únicamente en circunstancias graves, para asegurarse de que el mensaje venía de una de ellas.

Cuando Linette lo sugirió, Gabrielle se había reído, como si esa firma fuera un apretón de manos secreto, pero Linette amaba los secretos que compartían.

Resultó ser algo bueno.

Cualquier otra persona al margen de ellas dos probablemente despreciaría aquel mensaje cuidadosamente escrito tomándolo por un lenguaje extraño, y no por un código.

Fue Gabrielle quien empezó con todo el asunto del código, añadiendo una palabra enigmática en cada nota personal dirigida a Linette, que las descubría muy rápidamente, puesto que era un genio. ¿Qué otra cosa iban a hacer dos almas perdidas, ignoradas por sus padres ricos y acurrucadas en sus dormitorios, durante las vacaciones mientras los otros estudiantes volvían a casa con sus familias?

El viejo castillo del siglo XV que albergaba su escuela en Carcassone, Francia, parecía sacado de las páginas de un cuento de hadas, con sus preciosos tapices, sus lujosos muebles estilo Luis xv en los dormitorios y las exquisiteces que preparaban los expertos cocineros. Ella y Linette habían ido riendo de camino a su primer cuarto, aceptando las rígidas normas de seguridad necesarias para su protección.

La vida parecía bastante idílica, hasta que Linette desapareció junto a todas sus pertenencias personales justo antes de cumplir diecisiete años.

Nadie contestaba las preguntas personales de Gabrielle, y por su persistencia tuvo que presentarse en la oficina de la decana, donde le advirtieron de que le abrirían un expediente disciplinario si volvía a mencionar a Linette Tassone a alguien del personal. Desde entonces, las paredes de piedra del castillo de cuento de hadas se habían vuelto frías y agobiantes como las de una prisión. No era extraño que se hubiese dejado engañar tan fácilmente por un embaucador. Había estado tanto tiempo sola que era una presa fácil.

Pasó once años investigando, preguntándose qué le habría pasado realmente a Linette, incapaz de creerse la historia que Señor Tassone había contado sobre su hija.

Pero ¿cómo podía discutirla sin tener ninguna prueba que la rebatiera?

Finalmente enterró aquellos recuerdos, aceptando que jamás encontraría a nadie en quien poder confiar tanto como en Linette. Hasta que llegó esa postal. Tal vez Gabrielle no fuera capaz de ayudar a Linette, pero no estaba dispuesta a dejar a su amiga en la estacada.

Abrió la postal y descifró la primera línea de nuevo.

Gabrielle... No puedes ayudarme, pero necesito que ayudes a otros a saber dónde me encuentro.

No necesitaba leer el resto: a esas alturas ya se sabía el texto entero de memoria, incluyendo la extraña referencia a una chica secuestrada que iba a ser enviada a *fratelli*, el término italiano para «hermandad». La postal había llegado a una oficina de correos de Peachtree tras serle reenviada desde el antiguo hogar de su padre, cerca de París. Gabrielle agradecía que él le hiciera llegar la correspondencia que ocasionalmente recibía para ella, de lo contrario Mandy no hubiera tenido ninguna oportunidad.

Secuestradores sudamericanos iban tras la joven estadounidense, pero Linette había dicho que Mandy corría «grave peligro» y que «nadie estaba al tanto» del secuestro,

lo cual no tenía sentido. A pesar de eso, Gabrielle confiaba en Linette, así que había puesto un mensaje electrónico en los canales adecuados, aquellos vigilados por observadores de servicios de espionaje bien entrenados.

Lo había hecho más que fácil para las agencias de inteligencia.

Entonces ¿por qué no le habían enviado un mensaje confirmando que estaban actuando con aquella información o que Mandy ya había sido encontrada? Si Gabrielle no tenía alguna noticia pronto... ¿qué es lo que haría?

¿Llamar a la CIA? Si lo hacía de manera anónima creerían que se trataba de algún maniático. Enviar un segundo correo electrónico sería arriesgarse demasiado. Usar otra dirección de correo para comunicarse con el servicio de espionaje podría conducirlos directamente a su paradero, si es que no lo habían descubierto ya con el primer correo.

De acuerdo, estaba siendo un poco exagerada con eso, pero había protegido su anonimato demasiados años como para que la encontraran ahora.

Se burló de sí misma. Había pocas personas en el mundo capaces de seguir la pista a su rastro electrónico; y desde luego esas personas no estaban empleadas en los servicios de espionaje. Basta de preocuparse.

Llevaba una década escondiéndose y hasta ahora nadie la había encontrado.

Pero no correría un riesgo innecesario. Ya se había puesto a sí misma y a otras personas en medio de un terreno poco firme, así que el maldito miedo tenía que hacer su parte.

Ella ya había hecho todo lo que podía.

Pocas personas, ni siquiera las pertenecientes al servicio de espionaje, podrían haber averiguado tan rápido que los hombres sudamericanos que iban tras la hija del diplomático trabajaban para Durand Anguis o el hecho de que Mandy sería llevada al castillo de Saint Gervais, en Francia.

Pero es que ninguno de los agentes de los servicios de espionaje llevaba una década dedicándose exclusivamente a buscar una forma de derribar a todos aquellos relacionados con Durand Anguis.

Gabrielle se frotó los ojos arenosos. Sentía en la piel la es-

peluznante sensación de que algo no iba bien. Se pasó la mano sobre el vello erizado y miró a su alrededor.

No se había disparado ningún sensor ni había sonado ninguna alarma.

Alcanzó su portátil y tocó dos teclas para ver las cámaras digitales que vigilaban el exterior de la casa. El índice de criminalidad era muy bajo en Peachtree, que era un pueblo muy tranquilo. Sus aparatos de protección no estaban destinados a los ladrones corrientes.

La primera prioridad de un ladrón no sería degollarla.

Aparecieron las imágenes de las seis cámaras. Nada más que una persistente llovizna en el exterior de la casa. Si alguien se hubiera acercado por el camino de entrada o a través del bosque, el intruso habría sido detectado por alguno de los numerosos sensores que ella tenía ocultos. Se habrían encendido las luces exteriores. Luego, una alarma interior conectada a un teléfono sonaría hasta que ella la desactivara. La propiedad era una telaraña virtual de cables subterráneos.

Dio de nuevo al teclado para abrir el tablón de anuncios en su pantalla y buscó un mensaje de rebote que se refería a Mandy como «la nena», el nombre que ella les había dado para que le respondieran. Y allí estaba finalmente...

El corazón le latía con fuerza. Leyó el mensaje: «Corremos peligro de perder a la nena. Necesitamos tu ayuda. Ahora».

Oh, mon Dieu!

En cuanto los dos guardias del exterior del castillo fueron neutralizados, Carlos hizo una señal a Sandman para que patrullara por el perímetro. Luego, Carlos y el equipo entraron.

Dentro del garaje débilmente iluminado había aparcados un Land Rover y cuatro motonieves, preparados para ponerse en marcha. Carlos se quitó las gafas e inspiró una bocanada de aire húmedo. Palas de nieve y otras herramientas domésticas colgaban de una pared, por encima de una bañera vacía con demasiados agujeros oxidados como para poderse usar. Armarios de un azul descolorido y un banco de trabajo llenaban otra de las paredes blancas.

Gotthard se agachó para dejar inservibles los neumáticos. Se quedó atrás para cubrir la salida y tener las motos de nieve a punto para cuando Carlos las pidiera.

Korbin subió las escaleras de madera y entró en la casa detrás de Carlos. Rae le seguía los talones. El olor tostado de leños ardiendo en alguna parte circulaba a través del aire cálido.

Cuando Carlos llegó al primer descansillo, hizo señales con la mano a Korbin y a Rae para que se encargaran de los guardias del piso principal.

Derribar a un guardia entusiasmaría a Rae.

Mientras Corbin y Rae empezaban a moverse, unos gritos procedentes del interior de la casa los dejaron helados a los tres. Uno de los guardias le chillaba a otro en español:

—Ella está sangrando... dame las vendas...

Carlos tomó la delantera, haciendo señas a Korbin y a Rae para que lo siguieran, hasta que llegaron a un pasillo, donde debían decidir si subir una escalera hacia el tercer piso o girar a la derecha hacia la cocina.

De la cocina provenían ruidos de cajones que se abrían y puertas de armarios que golpeaban, seguidos de maldiciones que pronunciaban los dos hombres.

Carlos envió a Korbin y a Rae a la derecha, y luego él subió corriendo con cuidado las escaleras. Al llegar al siguiente descansillo, oyó venir a través del pasillo, a su izquierda, una voz profunda que murmuraba gruñidos e insultos. Carlos siguió el sonido hasta una habitación donde lo asaltó un penetrante olor a sangre fresca.

Un corpulento guardia vestido con un suéter negro de cuello alto y pantalones militares estaba encorvado concentrado en su tarea cerca de una gran cama de caoba. En el suelo y sobre la mesilla de noche había esparcidos fragmentos de vidrio rotos, como si un vaso con agua hubiera golpeado contra el borde. Una mata de cabello rubio caía a un lado de la cama, junto a la pierna del hombre.

Carlos desenfundó su cuchillo y entró sigilosamente. Avanzó dos pasos en silencio y agarró con el puño una espesa cabellera negra. Mientras echaba hacia atrás la cabeza del hombre, dejando expuesta su garganta al afilado cuchillo, Carlos obtuvo una clara visión de una mujer joven, tendida

y tan quieta como si estuviera muerta... Mandy... con las muñecas sangrando profusamente. *Merde*.

El guardia se arqueó, pero Carlos terminó de matarlo antes de que volviera a respirar; luego lo apartó de su camino y buscó el pulso de Mandy. Débil, pero no estaba muerta. Todavía no. Levantó con un gesto decidido la sábana de lino que cubría el cuerpo lánguido y comenzó a romperla en varias tiras largas. La camiseta de la adolescente apenas se movía con cada débil respiración. El pantalón gris parecía un pijama de niño.

La sábana blanca tenía más color que su rostro sin sangre. Malditos los bastardos que la habían llevado a hacer eso.

—Todo limpio —anunció Korbin, entrando en la habitación con Rae.

Carlos asintió, demasiado ocupado tratando de mantener a Mandy con vida como para poder responder. Al menos ya no había que preocuparse por guardar silencio ahora que la resistencia estaba neutralizada.

—Busca un traje de motonieve —ordenó Carlos.

—He visto uno abajo —soltó Rae mientras iba hacia la puerta.

Korbin levantó la muñeca de Mandy, ayudando a que Carlos se la vendara más rápido. Cuando Rae regresó con el traje de motonieve para la chica, ya había acabado. Exactamente como Carlos quería. Le cruzó los brazos sobre el pecho para examinar las heridas que tenía a la altura del corazón, y luego empleó más trozos de la sábana para envolverle los brazos junto al cuerpo, de modo que estos no se dieran golpes al moverla.

Usó el traje para protegerla, deslizándola a Mandy dentro sin dejar ninguna parte de su cuerpo expuesta. Carlos la levantó en brazos y salió de la habitación detrás de Korbin. Rae les cubrió las espaldas mientras avanzaban por el pasillo hacia las escaleras.

—Todo despejado por aquí, vamos hacia allá —dijo Carlos usando su transmisor para comunicarse con Gotthard—. El paquete ha sufrido algún daño. Preparad los vehículos.

Al llegar al pie de las escaleras, Carlos soltó una maldición.

—Comprueba...

—... las marcas de los cuerpos —terminó Rae—. Los tres que yo he examinado tenían el mismo tatuaje en la zona izquierda del pecho.

Carlos no aminoró el ritmo de su marcha hacia el garaje, aunque sentía la urgencia de revisar los cuerpos por sí mismo si no fuera por un problema.

No podía cuestionar la afirmación de otro miembro del equipo.

Y desde luego no tenía manera de explicar por qué necesitaba comprobar los tatuajes personalmente.

El informante había acertado. ¿Cómo? Mataría por un rato a solas con Espejismo, que había resultado ser tan preciso respecto a los secuestradores, la adolescente y su paradero, sobre todo relacionado con Anguis. Alguien que conocía tan bien a la familia Anguis probablemente tendría un interés personal en machacarlos.

Y cualquiera que supiera tanto sobre los Anguis suponía una amenaza para la existencia de Carlos y el secreto que ocultaba. Durand mataba a todo aquel que se cruzaba en su camino, especialmente si se trataba de un chivato, entonces ¿cómo era posible que el informante conociera los asuntos de Anguis tan bien como para traicionarlo y sin embargo siguiera con vida?

Carlos emitió un gruñido en lo profundo de su garganta. Si al menos las pistas hubieran llegado a su equipo antes de que aquella muchacha se cortara las muñecas... Rogaba por que siguiera viva.

Gotthard tenía la puerta del garaje levantada y las motos de nieve ya fuera y encendidas.

—Sandman envió la señal al helicóptero para encontrarlos en el punto de extracción dentro de una hora —le dijo a Carlos. Este asintió, esperando que Mandy sobreviviera tanto tiempo.

El helicóptero tendría un médico a bordo, pero puede que necesitara más sangre de la que normalmente llevaban. Le entregó Mandy a Gotthard.

—Átala a mi espalda.

Carlos se puso las gafas y se colocó en el asiento del conductor de la moto de nieve con los pies en los laterales.

Gotthard sujetó contra él el cuerpo de Mandy envuelto en el traje para la nieve, pasando las largas mangas vacías por delante de su pecho y atándolas con fuerza. Carlos sentía como un cinturón enlazado alrededor de su pecho, ceñido con la fuerza justa para mantenerla cerca de él.

Gotthard le aseguró también las piernas y luego le dio a Carlos una palmada en el brazo.

—Ve.

Carlos le dio con fuerza al acelerador, haciendo una mueca al sentir el cuerpo sin apenas vida apoyado en su espalda cuando el vehículo entró en acción. Miró tras él una vez más para comprobar que las otras motos de nieve lo seguían, llevando su equipo.

Todos vivos. Misión cumplida.

Excepto por la oportunidad de examinar los pechos desnudos de los guardias. Para ver si estos únicamente tenían tatuada una serpiente y un puñal sobre sus corazones, que los identificaba como soldados de Anguis, o si había también en el tatuaje una cicatriz, indicando que eran parientes de sangre de Durand Anguis.

Exactamente como la cicatriz que él mismo tenía en el tatuaje de su pecho.

En el garaje del castillo, la bañera se movió hacia un lado apartándose de la trampilla del sótano. Alguien empujó la trampilla con más fuerza y luego la cabeza de un hombre asomó para examinar el silencioso espacio, ahora vacío excepto por el Land Rover. Este tenía las ruedas desinfladas.

El hombre suspiró y sacó un teléfono móvil.

Primero informó. Luego pidió un transporte.

Su jefe no iba a estar contento.

Capítulo 3

AGabrielle le dolía el cuello. Le dolían los brazos. Le dolía todo. Pero un sueño no debería doler, ¿verdad?

Luchó a través de capas de soñolencia, esforzándose por abrir los ojos. El sueño la empujaba, pero un molesto sonido continuaba atizándola para que se despertara.

... cucú, cucú, cucú.

El reloj. ¿Cuántas veces habría gorjeado ese pájaro?

Su cerebro volvió a la vida. Levantó la cabeza del escritorio. Tragó saliva al sentir un gusto desagradable en la boca y se frotó los ojos irritados, parpadeando para enfocarlos. Por la pantalla de su portátil pasaban peces nadando. La vida debería ser así de feliz y así de libre.

La sonrisa que comenzaba a permitirse se desvaneció.

El ordenador. El tablón de anuncios. ¡Mandy!

Alcanzó el ratón, lo movió y apareció el mensaje del tablón. Lo leyó rápidamente. Gracias a Dios.

Quienquiera que hubiera recibido su primera advertencia acerca de Mandy le había pedido más ayuda la pasada noche, específicamente información acerca del castillo y de Anguis. Ella no pudo añadir nada nuevo acerca del castillo, pero después de convencerse a sí misma de que la vida de Mandy merecía el riesgo, compartió un poco más de lo que sabía de Durrand y pensaba que podía ayudar. El mensaje que había sido colgado esa misma mañana, justo un poco antes de las diez, y que ahora ella estaba leyendo decía: «La criatura está a salvo en buenas manos».

Hubiera estado bien recibirlo antes de las seis de la mañana, que fue la hora en que cayó rendida frente al ordenador. Hubiera podido dormir en una cama.

Gabrielle entrecerró los ojos para enfocar el reloj de cuco. «¿Casi las cuatro en punto?» La luz se colaba en la habitación a través de los huecos de las persianas. ¿Así que serían las cuatro de la tarde? Lunes. No era de extrañar que le dolieran todos los músculos. Tan solo había dormido un puñado de horas durante los últimos tres días, y además doblada sobre el escritorio.

Un baño, algo de comer y se metería un rato en la cama.

Primero algo de comida o sería incapaz de darse un baño. Rebuscó por la cocina, considerando la posibilidad de pedir una entrega a domicilio. Cambió de idea al encontrar unas sobras de comida tailandesa y un bollo de postre.

El baño fue casi tan refrescante como cepillarse los dientes. Había pasado todo el día vestida con una camiseta y un pantalón de chándal, lo que ella consideraba comodidad desaliñada. Pero para dormir se puso un camisón de seda y ropa interior de encaje. No tener que preocuparse nunca por su aspecto era una de las ventajas de vivir aislada. Se le escapó una risita triste ante aquel razonamiento sarcástico.

Gabrielle levantó las sábanas de la cama, se acurrucó debajo de ellas y cayó profundamente dormida. Un ruido muy molesto se coló a través de sus sueños.

Trató de ignorarlo. Su cuerpo le suplicó que lo ignorase, pero el estúpido sonido no la dejaba en paz.

Tenía que haber desconectado el reloj.

Ding, ding. Silencio.

Ding, ding. Silencio.

Gabrielle abrió de golpe los ojos. No era el reloj.

Era la alarma de seguridad.

Carlos agarró su bolsa del maletero de portaequipajes que había sobre su asiento, se colocó en la fila para salir del avión y se dirigió a la aduana en el Aeropuerto Internacional Hartsfield-Jackson de Atlanta.

Comprobó la hora local en su teléfono móvil, las 16.00 horas, y luego envió un mensaje de texto a su cuartel, informando al director de que ya había llegado y se dirigiría hacia Nashville después de hacer una parada en su hogar.